

La primer señal por donde Asís Taboada se hizo cargo de que había salido de los limbos del sueño, fue un dolor como si le barrenasen las sienas de parte a parte con un barreno finísimo; luego le pareció que las raíces del pelo se le convertían en millares de puntas de aguja y se le clavaban en el cráneo. También notó que la boca estaba pegajosa, amarga y seca; la lengua, hecha un pedazo de esparto; las mejillas ardían; latían desafortadamente las arterias; y el cuerpo declaraba a gritos que, si era ya hora muy razonable de saltar de cama, no estaba él para valentías tales.

Suspiró la señora; dio una vuelta, convenciéndose de que tenía molidísimos los huesos; alcanzó el cordón de la campanilla, y tiró con garbo. Entró la doncella, pisando quedo, y entreabrió las maderas del cuarto-tocador. Una flecha de luz se coló en la alcoba, y Asís exclamó con voz ronca y debilitada:

-Menos abierto... Muy poco... Así.

-¿Cómo le va, señorita? -preguntó muy solícita la Ángela (por mal nombre *Diabla*). ¿Se encuentra algo más aliviada ahora?

-Sí, hija..., pero se me abre la cabeza en dos.

-¡Ay! ¿Tenemos la maldita de la jaquecona?

-Clavada... A ver si me traes una taza de tila...

-¿Muy cargada, señorita?

-Regular...

-Voy volando.

Un cuarto de hora duró el vuelo de la Diabla. Su ama, vuelta de cara a la pared, subía las sábanas hasta cubrirse la cara con ellas, sin más objeto que sentir el fresco de la batista en aquellas mejillas y frente que estaban echando lumbre.

De tiempo en tiempo, se percibía un gemido sordo.

En la mollera suya funcionaba, de seguro, toda la maquinaria de la Casa de la Moneda, pues no recordaba aturdimiento como el presente, sino el que había experimentado al visitar la fábrica de dinero y salir medio loca de las salas de acuñación.

Entonces, lo mismo que ahora, se le figuraba que una legión de enemigos se divertía en pegarle tenazazos en los sesos y devanarle con argadillos candentes la masa encefálica.

Además, notaba cierta trepidación allá dentro, igual que si la cama fuese una hamaca, y a cada balance se le amontonase el estómago y le metiesen en prensa el corazón.

La tila. Calentita, muy bien hecha. Asís se incorporó, sujetando la cabeza y apretándose las sienas con los dedos. Al acercar la cucharilla a los labios, náuseas reales y efectivas.

-Hija... está hirviendo... Abrasa. ¡Ay! Sostenme un poco, por los hombros. ¡Así!

Era la Diabla una chica despabilada, lista como una pimienta: una luguesa que no le cedía el paso a la andaluza más ladina. Miró a su ama guiñando un poco los ojos, y dijo compungidísima al parecer:

-Señorita... Vaya por Dios. ¿Se encuentra peor? Lo que tiene no es sino eso que le dicen allá en nuestra tierra un *soleado*... Ayer se caían los pájaros de calor, y usted fuera todo el santo día...

-Eso será... -afirmó la dama.

-¿Quiere que vaya enseguidita a avisar al señor de Sánchez del Abrojo?

-No seas tonta... No es cosa para andar fastidiando al médico. Un meneo a la taza. Múdala a ese vaso...

Con un par de trasegaduras de vaso a taza y viceversa, quedó potable la tila. Así se la embocó, y al punto se volvió hacia la pared.

-Quiero dormir... No almuerzo... Almorzad vosotros... Si vienen visitas, que he salido... Atenderás por si llamo.

Hablaba la dama sorda y opacamente, de mal talante, como aquel que no está para bromas y tiene igualmente desazonados el cuerpo y el espíritu.

Se retiró por fin la doncella, y al verse sola, Así suspiró más profundo y alzó otra vez las sábanas, quedándose acurrucada en una concha de tela. Se arregló los pliegues del camisón, procurando que la cubriese hasta los pies; echó atrás la madeja de pelo revuelto, empapado en sudor y áspero de polvo, y luego permaneció quietecita, con síntomas de alivio y aun de bienestar físico producido por la infusión calmante.

La jaqueca, que ya se sabe cómo es de caprichosa y maniática, se había marchado por la posta desde que llegara al estómago la taza de tila; la calentura cedía, y las bascas iban aplacándose... Sí, lo que es el cuerpo se encontraba mejor, infinitamente mejor; pero, ¿y el alma? ¿Qué procesión le andaba por dentro a la señora?

No cabe duda: si hay una hora del día en que la conciencia goza todos sus fueros, es la del despertar. Se distingue muy bien de colores después del descanso nocturno y el paréntesis del sueño. Ambiciones y deseos, afectos y rencores se han desvanecido entre una especie de niebla; faltan las excitaciones de la vida exterior; y así como después de un largo viaje parece que la ciudad de donde salimos hace tiempo no existe realmente, al despertar suele figurárenos que las fiebres y cuidados de la víspera se han ido en humo y ya no volverán a acosarnos nunca. Es la cama una especie de celda donde se medita y hace examen de conciencia, tanto mejor cuanto que se está muy a gusto, y ni la luz ni el ruido distraen. Grandes dolores de corazón y propósitos de la enmienda suelen quedarse entre las mantas.

Emilia Pardo Bazán, *Insolación*, 1889.

Esas cosas me dijo; ni entonces ni después las he puesto en duda. En aquel tiempo no había cinematógrafos ni fonógrafos; es, sin embargo, inverosímil y hasta increíble que nadie hiciera un experimento con Funes. Lo cierto es que vivimos postergando todo lo postergable; tal vez todos sabemos profundamente que somos inmortales y que tarde o temprano, todo hombre hará todas las cosas y sabrá todo.

La voz de Funes, desde la oscuridad, seguía hablando.

Me dijo que hacia 1886 había discurrido un sistema original de numeración y que en muy pocos días había rebasado el veinticuatro mil. No lo había escrito, porque lo pensado una sola vez ya no podía borrarse. Su primer estímulo, creo, fue el desagrado de que los treinta y tres orientales requirieran dos signos y tres palabras, en lugar de una sola palabra y un solo signo. Aplicó luego ese disparatado principio a los otros números. En lugar de siete mil trece, decía (por ejemplo) *Máximo Pérez*; en lugar de siete mil catorce, *El Ferrocarril*; otros números eran *Luis Melián Lafinur*, *Olimar*, *azufre*, *los bastos*, *la ballena*, *el gas*, *la caldera*, *Napoleón*, *Agustín de Vedia*. En lugar de quinientos, decía *muere*. Cada palabra tenía un signo particular, una especie de marca; las últimas eran muy complicadas... Yo traté de explicarle que esa rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario de un sistema de numeración. Le dije que decir 365 era decir tres centenas, seis decenas, cinco unidades; análisis que no existe en los «números». *El Negro Timateo* o *manita de carne*. Funes no me entendió o no quiso entenderme.

Locke, en el siglo XVII, postuló (y reprobió) un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio; Funes proyectó alguna vez un idioma análogo, pero lo desechó por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo. En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol, de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado. Resolvió reducir cada una de sus jornadas pretéritas, a unos setenta mil recuerdos, que definiría luego por cifras. Lo disuadieron dos consideraciones: la conciencia de que la tarea era interminable, la conciencia de que era inútil. Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado aún de clasificar todos los recuerdos de la niñez.

Los dos proyectos que he indicado (un vocabulario inñiño para la serie natural de los números, un inútil catálogo mental de todas las imágenes del recuerdo) son insensatos, pero revelan cierta balbuciente grandeza. Nos dejan vislumbrar o inferir el vertiginoso mundo de Funes. Este, no lo olvidemos, era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico *perro* abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuatro (visto de frente). Su propia cara en el espejo, sus propias manos, lo sorprendían cada vez. Refiere Swift que el emperador de Lilliput discernía el movimiento del minero; Funes discernía continuamente los tranquilos avances de la corrupción, de las caries, de la fatiga. Notaba los progresos de la muerte, de la

humedad. Era el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso. Babilonia. Londres y Nueva York han abrumado con feroz esplendor la imaginación de los hombres; nadie, en sus torres populosas o en sus avenidas urgentes, ha sentido el calor y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche convergía sobre el infeliz Ireneo, en su pobre arrabal sudamericano. Le era muy difícil dormir. Dormir es distraerse del mundo; Funes, de espaldas en el catre, en la sombra, se figuraba cada grieta y cada moldura de las casas precisas que lo rodeaban. (Repite que el menos importante de sus recuerdos era más minucioso y más vivo que nuestra percepción de un goce físico o de un tormento físico.) Hacia el Este, en un trecho no amanzanado, había casas nuevas, desconocidas. Funes las imaginaba negras, compactas, hechas de tiniebla homogénea; en esa dirección volvía la cara para dormir. También solía imaginarse en el fondo del río, mecido y anulado por la corriente.

Había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín. Sospecho, sin embargo que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos.

Jorge Luis Borges,
Funes el memorioso
(en *Ficciones*, 1944)

(Sábado, 23 de junio)

Hace dos días que andamos sobre el armazón del planeta; olvidados de la Historia y hasta de las oscuras migraciones de las eras sin crónicas. Lentamente, subiendo siempre, navegando tramos de torrentes entre una cascada y otra cascada, caños quietos entre un salto y otro salto, obligados a izar las barcas al compás de salomas de peldaño en peldaño, hemos alcanzado el suelo en que se alzan las Grandes Mesetas. Lavadas de su vestidura -cuando la tuvieron- por milenios de lluvias, son Formas de roca desnuda, reducidas a la grandiosa elementalidad de una geometría telúrica. Son los monumentos primeros que se alzaron sobre la corteza terrestre, cuando aún no hubiera ojos que pudieran contemplarlos, y su misma vejez, su abolengo impar, les confiere una aplastante majestad. Los hay que parecen inmensos cilindros de bronce, pirámides truncas, largos cristales de cuarzo parados entre las aguas. Los hay, más abiertos en la cima que en la base, todos agrietados de alvéolos, como gigantescas madreporas. Los hay que tienen una misteriosa solemnidad de Puertas de Algo -de Algo desconocido y terrible- a que deben conducir esos túneles que se ahondan en sus flancos, a cien palmos sobre nuestras cabezas. Cada meseta se presenta con una morfología propia, hecha de aristas, de cortes bruscos, de perfiles rectos o quebrados. La que no se adorna de un obelisco encarnado, de un farallón de basalto, tiene una terraza flanqueante, se recorta en biseles, afila sus ángulos, o se corona de extraños cipos que semejan figuras en procesión. De pronto, rompiendo con esa severidad de lo creado, algún arabesco de la piedra, alguna fantasía geológica, se confabula con el agua para poner un poco de movimiento en este país de lo incommovible. Es, allá, una montaña de granito casi rojo, que suelta siete cascadas amarillas por el almenaje de una cornisa cimera. Es un río que se arroja al vacío y se deshace en arcofrís sobre la cuesta jalonada de árboles petrificada. Las espumas de un torrente bullen bajo enormes arcos naturales, acrecidos por ecos atronadores, antes de dividirse y caer en una sucesión de estanques que se derraman unos en otros. Se adivina que arriba, en las cumbres, en el escalonamiento de las últimas planicies lunarés, hay lagos vecinos de las nubes que guardan sus aguas vírgenes en soledades nunca holladas por una planta humana. Hay escarchas en el amanecer, fondos helados, orillas opalescentes, y honduras que se llenan de noche antes del crepúsculo. Hay monolitos parados en el borde de las cimas, agujas, signos, hendeduras que respiran sus nieblas; peñascos rugosos, que son como coágulos de lava -meteoritas, acaso caídas de otro planeta-. No hablamos. Nos sentimos sobrecogidos ante el fausto de las magnas obras, ante la pluralidad de los perfiles, el alcance de las sombras, la inmensidad de las explanadas. Nos vemos como intrusos, prestos a ser arrojados de un dominio vedado.

Alejo CARPENTIERA, Los pebs perdidos (1953)

CAPÍTULO PRIMERO

No perdamos la perspectiva, yo ya estoy harta de decirlo, es lo único importante.

Doña Rosa va y viene por entre las mesas del café, tropezando a los clientes con su tremendo trasero. Doña Rosa dice con frecuencia leñe y nos ha merengao¹. Para doña Rosa, el mundo es su café, y alrededor de su café, todo lo demás. Hay quien dice que a doña Rosa le brillan los ojillos cuando viene la primavera y las muchachas empiezan a andar de manga corta. Yo creo que todo eso son habladurías: doña Rosa no hubiera soltado jamás un buen amadeo de plata² por nada de este mundo. Ni con primavera ni sin ella. A doña Rosa lo que le gusta es arrastrar sus arrobos, sin más ni más, por entre las mesas. Fuma tabaco de noventa³, cuando está a solas, y bebe ojén⁴, buenas copas de ojén, desde que se levanta hasta que se acuesta. Después tose y sonríe. Cuando está de buenas, se sienta en la cocina, en una banqueta baja, y lee novelas y folletines, cuanto más sangrientos, mejor: todo alimenta. Entonces le gasta bromas a la gente y les cuenta el crimen de la calle de Bordadores o el del expreso de Andalucía⁵.

—El padre de Navarrete, que era amigo del general don Miguel Primo de Rivera⁶, lo fue a ver, se plantó de rodillas y le dijo: mi general, indulte usted a mi hijo, por amor de Dios; y don Miguel, aunque tenía un corazón de oro, le respondió: me es imposible, amigo Navarrete; su hijo tiene que expiar sus culpas en el garrote.

¡Qué tíos! —piensa—, ¡hay que tener riñones! Doña Rosa tiene la cara llena de manchas, parece que está siempre mudando la piel como un lagarto. Cuando está pensativa, se distrae y se saca virutas de la cara, largas a veces como tiras de serpentinas. Después vuelve a la realidad y se pásela otra vez, para arriba y para abajo, sonriendo a los clientes, a los que odia en el fondo, con sus dientecillos renegridos, llenos de basura.

Camilo José Cela, La colmena (1951)

MARINA

Como al fletar mi barca con destino a Citeres *
saludara a las olas, contestaron las olas
con un saludo alegre de voces de mujeres.
Y los faros celestes prendían sus farolas,
5 mientras temblaba el suave crepúsculo violeta.
«Adiós —dije—, países que me fuisteis esquivos;
adiós peñascos enemigos del poeta;
adiós costas en donde se secaron las viñas,
y cayeron los términos en los bosques de olivos.
10 Parto para una tierra de rosas y de niñas,
para una isla melodiosa
donde más de una musa me ofrecerá una rosa».
Mi barca era la misma que condujo a Gautier
y que Verlaine un día para Chipre fletó,
15 y provenía de
el divino astillero del divino Watteau *.
Y era un celeste mar de ensueño,
y la luna empezaba en su rueda de oro
a hilar los mil hilos de su manto sedoso.
20 Saludaba mi paso de las brisas el coro
y a dos cartillos daba redondez a las velas.
En mi alma cantan celestes filomelas
cuando oí que en la playa sonaba como un grito.
Volví la vista y vi que era una ilusión
25 que dejara olvidada mi antiguo corazón.
Entonces, fijo del azur en lo infinito,
para olvidar del todo las amarguras viejas,
como Aquiles, un día, me tapé las orejas.
Y les dije a las brisas: «Soplad, soplad más fuerte,
30 soplad hacia las costas de la isla de la Vida».
Y en la playa quedaba desolada y perdida
una ilusión que aullaba como un perro a la Muerte.

Rubén Darío,
Prosas profanas y otros poemas (1896).

YERMA. (*Como soñando.*)

¡Ay, qué prado de penal!
¡Ay, qué puerta cerrada a la hermosura!
que pido un hijo que sufrir, y el aire
me ofrece dalias de dormida luna.
Estos dos manantiales que yo tengo
de leche tibia, son en la espesura
de mi carne dos pulsos de caballo
que hacen lair la rama de mi angustia.
¡Ay, pechos ciegos bajo mi vestido!
¡Ay, palomas sin ojos ni blancura!
¡Ay, qué dolor de sangre prisionera
me está clavando avispas en la nuca!
Pero tú has de venir, amor, mi niño,
porque el agua da sal, la tierra fruta,
y nuestro vientre guarda tiempos hijos,
como la nube lleva dulce lluvia ²².

(*Mira hacia la puerta.*) ¡María! ¿Por qué pasas tan de prisa por mi puerta?

MARÍA. (*Con un niño en brazos.*)

Cuando voy con el niño lo hago... ¡Como siempre lloras!

YERMA

Tienes razón. (*Coge al niño y se sienta.*)

MARÍA

Me da tristeza que tengas envidia.

YERMA

No es envidia lo que tengo; es pobreza.

MARÍA

No te quejes.

YERMA

¡Cómo no me voy a quejar cuando te veo a ti y a las otras mujeres llenas por dentro de flores, y viéndome yo inútil en medio de tanta hermosura!

MARÍA

Pero tienes otras cosas. Si me oyeras, podrías ser feliz.

YERMA

La mujer de campo que no da hijos es inútil como un manajo de espinos, y hasta mala, a pesar de que yo sea de este desecho dejado de la mano de Dios. (*María hace un gesto como para tomar al niño.*) Tó-malo, contigo está más a gusto. Yo no debo tener manos de madre.

MARÍA

¿Por qué dices esto?

YERMA. (*Se levanta.*)

Porque estoy harta. Porque estoy harta de tenerlas y no poderlas usar en cosa propia. Que estoy ofendida, ofendida y rebajada hasta lo último, viéndome los trigos apuntan, que las fuentes no cesan de dar agua y que paren las ovejas cientos de corderos, y las peñas, y que parece que todo el campo puesto de pie me enseña sus crías tiernas, adormiladas, mientras yo siento los golpes de martillo aquí, en lugar de la boca de mi niño ²².

MARÍA

No me gusta lo que dices.

YERMA

Las mujeres cuando tenéis hijos no podéis pensar en las que no los tenemos. Os quedáis frescas, ignorantes, como el que nada en agua dulce y no tiene idea de la sed.

MARÍA

No te quiero decir lo que te digo siempre.

YERMA

Cada vez tengo más deseos y menos esperanzas.

MARÍA

Mala cosa.

YERMA

Acabaré creyendo que yo misma soy mi hijo. Muchas veces bajo yo a echar la comida a los bueyes, que antes no lo hacía, porque ninguna mujer lo hace, y cuando paso por lo oscuro del cobertizo mis pasos me sueñan a pasos de hombre.

MARÍA

Cada criatura tiene su razón.

YERMA

A pesar de todo, sigue queriéndome. ¡Ya ves cómo vivo!

MARÍA

¿Y tus cuñadas?

YERMA

Muerta me vea y sin mortaja, si alguna vez les dirijo la conversación.

MARÍA

¿Y tu marido?

YERMA

Son tres contra mí.

MARÍA

¿Qué piensan?

YERMA

Figuraciones. De gente que no tiene la conciencia tranquila. Creen que me puede gustar otro hombre y no saben que, aunque me gustara, lo primero de mi casa es la honradez. Son piedras delante de mí. Pero ellos no saben que yo, si quiero, puedo ser agua de arroyo que los lleve.

(*Una HERMANA entra y sale llevando un pan.*)

Federico García Lorca,
Yerma (1934)

TU INFANCIA EN MENTON¹

Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.

JORGE GUILLÉN.

Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.
El tren y la mujer que llena el cielo.
Tu soledad esquiiva en los hoteles
y tu máscara pura de otro signo.
Es la niñez del mar y tu silencio
donde los sabios vidrios se quebraban.
Es tu yerta ignorancia donde estuvo
mi torso limitado por el fuego.
Norma de amor te di, hombre² de Apolo,
llanto con rui señor enajenado,
pero, pasto de ruina, te afilabas
para los breves sueños indecisos.
Pensamiento de enfrente, luz de ayer,
índices y señales del acaso.
Tu cintura de arena sin sosiego
atiende sólo rastros que no escalan.
Pero yo he de buscar por los rincones
tu alma tibia sin ti que no te entiende³,
con el dolor de Apolo detenido
con que he roto la máscara que llevas.
Allí, león, allí, furia de cielo,
te dejaré pacer en mis mejillas;
allí, caballo azul de mi locura,
pulso de nebulosa y minuterero.
He de buscar las piedras de alacranes
y los vestidos de tu madre niña,
llanto de media noche y paño roto
que quitó luna de la sien del muerto.
Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.
Alma extraña de mi hueco de venas,
te he de buscar pequeña y sin raíces.
¡Amor de siempre, amor, amor de nunca!
¡Oh, sí! Yo quiero. ¡Amor, amor! Dejarme.
No me tapen la boca los que buscan
espigas de Saturno por la nieve
o castran animales por un cielo,
clínica y selva de la anatomía.
Amor, amor, amor. Niñez del mar.
Tu alma tibia sin ti que no te entiende⁴.
Amor, amor, un vuelo de la corza
por el pecho sin fin de la blancura.
Y tu niñez, amor, y tu niñez.
El tren y la mujer que llena el cielo.
Ni tú, ni yo, ni el aire, ni las hojas.
Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.

Federico GARCÍA LORCA, Poeta en Nueva York (1929)

CAMBIANDO LA ORIENTACIÓN de los telescopios podías distinguir por turno el Llano verde del Prat el mar enturbiado por la reciente avenida del río el solitario faro embesido a moriscos por el oleaje el nuevo espigón en obras del puerto franco los tanques de petróleo de la Campsa los cipreses y nichos del cementerio del Suroeste los negros depósitos de carbón de Morrot una flotilla de barcas de vela desplegada conforme a las reglas de una estrategia misteriosa y decorativa las gaviotas arremolinadas junto a la desembocadura de las cloacas el faro incrustado en el flanco abrupto y pedregoso del monte las vías del ferrocarril con sus locomotoras y vagones de mercancía los barcos anclados en el antepuerto a la espera del aviso del práctico que debía autorizar su descarga

nuevos tanques de petróleo tinglados modernos depósitos de hulla las obras de construcción de un silo gigante la grúa del tramo de prolongación de la escollera una lancha rápida americana una golondrina atestada de turistas los criaderos de mejillones más grúas barcos grises negros blancos las dársenas interiores del puerto convoyes de carbón inmovilizados entre los depósitos andamiajes las torres del transbordador aéreo la estación marítima más grúas más cobertizos más barcos

el terraplén interior del castillo con sus fosos cañones autocarros curiosos los jardines escalonados de Miramar la Puerta de la Paz con su minúsculo descubridor equilibrista la Barceloneta desdibujada por el calor el humo espeso de las fábricas de Puerto Nuevo la geometría caótica de la ciudad el vaho difuso

de la cantaba el vuelo altanero y voluptuoso de un pájaro las chimeneas airadas de la Celsa otra vez los jardines

las montañas borrosas que muraban el horizonte campanarios y agujas de iglesias sombríos edificios barrocos humo poderosos bancos que emergían del anonimato como cuellos de jirafa o periscopios amenazadores las torres de la Sagrada Familia cúpulas rascacielos sórdidos una ciudad dilatada como una colmena inmensa infinidad de casas celdillas alveolos colinas mondas niebla el Tibidabo siniestro con su basílica su brazo gigante su avión miniatura sus miradores

los barrios residenciales las esfumadas montañas humo fábricas la plaza de toros el recinto de la Feria de Muestras edificios legñosos jardines cipreses restos de chabolas bulldozers brigadas de obreros el parque las torres vetustas del estadio inútil el envejecido palacio de la Exposición barracas en ruina nuevas chozas farolas plateadas avenidas el campo las afueras más humo más chimeneas más fábricas...

Los telescopios eran de color gris verdoso de 1,70 aproximadamente dotados de un soporte metálico fijo y una placa giratoria graduable que hasta el escueto español del altiplano podía manejar con facilidad gracias a un escalón sujeto al pie a una altura de 20 centímetros del suelo

para ponerlo en marcha bastaba seguir las indicaciones escritas a la derecha e izquierda de los catalajos

I PESETA

INTRODUZCA LA MONEDA

INTRODUISEZ LA MONNAIE

INTRODUCE THE COIN

GELDSTÜCK EINWERFEN

APRIETE EL BOTÓN A FONDO

POUSSEZ LE BOUTON À FONDS

PUSH BUTTON COMPLETELY DOWN

KNOPF VOLLSTÄNDIG EINDRÜCKEN

Juan Goytisolo, *de la A la Z* (1967)

(LA MUJER MANCHEGA)

La Mancha y sus mujeres... Argamasilla, Infantes,
Esquivias, Valdepeñas. La novia de Cervantes,
y del manchego heroico, el ama y la sobrina,
(el patio, la alacena, la cueva y la cocina,
la rueca y la costura, la cuna y la pifanza), 5
la esposa de don Diego y la mujer de Panza,
la hija del ventero, y tantas como están
bajo la tierra, y tantas que son y que serán
encanto de manchegos y madres de españoles
por tierras de lagares, molinos y arreboles. 10

Es la mujer manchega garrida y bien plantada,
muy sobre sí doncella, perfecta de casada.

El sol de la caliente llanura vinariega
quemó su piel, mas guarda fresca de bodega 15
su corazón. Devota, sabe rezar con fe
para que Dios nos libre de cuanto no se ve.
Su obra es la casa —menos celada que en Sevilla,
más gineceo y menos castillo que en Castilla—.
Y es del hogar manchego la musa ordenadora;
alinea los vasares, los lienzos alcanfora; 20
las cuentas de la plaza anota en su diario,
cuenta garbanzos, cuenta las cuentas del rosario.

¿Hay más? Por estos campos hubo un amor de fuego.
Dos ojos abrasaron un corazón manchego.

¿No tuvo en esta Mancha su cuna Dulcinea? 25
¿No es el Toboso patria de la mujer idea
del corazón, engendro e imán de corazones,
a quien varón no impregna y aun parirá varones?

Por esta Mancha —prados, viñedos y molinos—
que so el igual del cielo iguala sus caminos, 30
de cepas arrugadas en el tostado suelo
y mustios pastos como raiado terciopelo;
por este seco llano de sol y lejanía,
en donde el ojo alcanza su pleno mediodía
(un diminuto bando de pájaros puntea 35
el índigo del cielo sobre la blanca aldea,
y allá se yergue un soto de verdes alamillos,
tras leguas y más leguas de campos amarillos),
por esta tierra, lejos del mar y la montaña,
el ancho reverbero del claro sol de España, 40
anduvo un pobre hidalgo ciego de amor un día
—amor nublóle el juicio; su corazón veía—.

Y tú, la cerca y lejos, por el inmenso llano
eterna compañera y estrella de Quijano,
lozana labradora fincada en tus terrones 45
—oh madre de manchegos y numen de visiones—
viviste, buena Aldonza, tu vida verdadera,
cuando tu amante erguía su lanza justiciera,
y en tu casona blanca aechando el rubio trigo.
Aquel amor de fuego era por ti y contigo. 50

Mujeres de la Mancha, con el sagrado mote
de Dulcinea, os salve la gloria de Quijote.

Antonio Machado,
Campos de Castilla (1917)

LOS FUSILAMIENTOS DE LA MONCLOA

Él lo vio... Noche negra, luz de infierno...
Hedor de sangre y pólvora, gemidos...
Unos brazos abiertos, extendidos
en ese gesto del dolor eterno.

Una farola en tierra casi alumbra,
con un halo amarillo que horripila,
de los fusiles la uniforme fila,
monótona y brutal en la penumbra.

Maldiciones, quejidos... Un instante,
primero que la voz de mando suene,
un fraile muestra el implacable cielo.

Y en convulso montón agonizante,
a medio rematar, por tandas viene
la eterna carne de cañón al suelo.

Manuel Machado,

Apdo. Teatro Pictórico
(1910)

Era hermosa la combinación muchacha-automóvil, casi irreal, se deshacía entre los párpados igual que un sueño de sesteo: la vieron bajar del coche con su precioso vestido rosa de finos tirantes y sus blancos zapatos de tacón alto no sólo los chavales, que ya formaban corro, sino también algunas vecinas desde los portales. Ella estuvo un momento desorientada, y luego, a un niño: «Oye, guapo, ¿conoces a un chico que se llama Manolo?» La respuesta le llegó desde la puerta de una panadería, eran dos amplias sonrisas o muecas derretidas por el calor, dos mujeres gordas y todavía jóvenes que defendían sus ojos del sol haciendo visera con la mano: «Aquí, usted, en el taller...», dijo una de ellas, fijando una mirada torva en los hombros desnudos de la muchacha. Pero ya el niño señalaba hacia un extremo de la calle, por el lado de la ermita: «Que no, que está en la fuente.» Teresa dio las gracias y se puso en marcha precedida por la improvisada expedición infantil, al son de los tambores y la corneta. Al pasar frente al bar Delicias escuchó piropos indecentes, de una vulgaridad que sin embargo no conseguía ahogar una nota plañidera, triste, y vio en la puerta a dos jóvenes en camiseta rodeándose los hombros con el brazo, sosteniéndose mutuamente mientras la seguían con los ojos. Más allá, en torno a la fuente, Teresa vio otro grupo de niños que apenas dejaba ver el fulgor cobrizo de un pedazo de espalda desnuda, mojada, inclinada bajo el chorro de agua. Las cabezas giraron todas a una: ella avanzaba despacio, desanudando el pañuelo bajo la barbilla (las gafas de sol no pensaba quitárselas) y apareció el oro de su melena laxa. Los chiquillos la flanqueaban con su paso menudo y rápido, braceando alegremente, las cabezitas casi pegadas al vuelo airoso de la falda rosa igual que peces-piloto que la guiaran o la custodiaran. Cuando Teresa se detuvo a un par de metros de la fuente, un pequeño enviado especial se destacó voluntariamente de la expedición para señalar con el dedo: «Ése es Manolo.» Seguía con la nuca bajo el chorro y su torso desnudo oscilaba (ella evocó fugazmente una noche en que le vio inclinarse sobre Maruja en el lecho, besándola) y los niños empezaron a zarandearle. Parecía dormido o drogado. No oyó el saludo de Teresa pero sí la tímida pregunta («Te acuerdas de mí, ¿verdad?») y volvió la cara un instante para mirarla, pensó: «Maruja está muerta», y siguió echándose agua con las manos y luego se incorporó. «Sí, hola.» El agua resbalaba sin dejar rastro sobre su piel, que relucía al sol como una oscura seda polvorienta, y sacudió la cabeza resoplando, tensó el poderoso cuello, los cabellos mojados. Tendió la mano, tanteando a ciegas, y reclamó el niki que le sostenía un niño; su abdomen, negro y musculado como el caparazón de una tortuga, registraba el ritmo de algún esfuerzo, un latido casi animal: estaba asustado.

Juan Marsé, Últimas tardes con Teresa (1966)

FLORES DEL CIELO

Leí estos dos versos de Ronsard:
*Je vous envoie un bouquet que ma main
Vient de trer de ces fleurs épanouies,*
y escribí esto:

Flores? No quiero flores! Las del cielo
Quisiera yo segar!

Cruja, cual falda
De monte roto, esta cansada veste
Que me encinta y engrilla con sus miembros
Como con sierpes, y en mi alma sacian 5
Su hambre, y asoman a la cueva lóbrega
Donde mora mi espíritu, su negra
Cabeza, y boca roja y sonriente!
Caiga, como un encanto, este tejido
Enmarañado de raíces! — Surjan 10
Donde mis brazos alas.— y parezca
Que, al ascender por la solemne atmósfera,
De mis ojos, del mundo a que van, llenos,
Ríos de luz sobre los hombres rueden!

Y huelguen por los húmedos jardines 15
Bardos tibios segando florecillas:—
Yo, pálido de amor, de pie en las sombras,
Envuelto en gigantesca vestidura
De lumbré astral, en mi jardín, el cielo,
Un ramo haré magnífico de estrellas: 20
¡No temblará de asir la luz mi mano!

Y buscaré, donde las nubes duermen,
Amada, y en su seno la más viva
Le prenderé, y esparciré las otras
Por su áurea y vaporosa cabellera. 25

José Martí, Versos libres (1882)

Teresa duda.

TERESA- Ser eso imaginación es imposible de toda imposibilidad. Son cosas que van muy más alto de lo que la cabeza puede concertar. Sola la hermosura de una mano es sobre toda nuestra imaginación, ni alcanza la fantasía a pintar esa luz.

INQUISIDOR- Si nadie sino vos ve lo que veis y no sabéis dar a entender lo que veis, yo digo que es fingimiento. Que es teatro vuestra oración y teatro el silencio en que os dejáis caer tras la oración.

TERESA- Tales ímpetus de Dios a quien no los pase es imposible darlos a entender. Luego ando con la cabeza perdida y cansado el espíritu, pues nada cabe en mí ni sabe el alma qué quiere. Hablar no puedo, sino abrazarme con mi pena. Cuando alguna vez quise explicarme, hartas afrentas pasé. Personas en cuya comparación nada valgo, como Dios no las lleva por ese camino, al oírme dicen que no tengo humildad y que tengo demonio y me quieren conjurar.

INQUISIDOR- ¿Y si soy yo quien lo dice? Que no tenéis humildad sino demonio, y que él hace que se os antoje ver al Señor.

TERESA- ¿Habría de creerlos si me decís que no estáis ante mí?

INQUISIDOR- Si no es teatro ni demencia, ha de ser demonio.

TERESA- ¿Dejaré de creer que he estado con quien me ha puesto en las manos joyas por prendas de amor y me veo rica cuando fui pobre? Esas joyas las puedo mostrar, porque los que me conocían ven que mi alma es distinta. Dios me ha mudado tanto que no me conozco. Si el demonio busca corromperme, ¿por qué toma medio tan contrario como quitarme vicios y ponerme virtudes? Yo me he visto crecer en amarle mucho. Aun durmiendo estoy en oración. Traigo temor de él lo más continuo. Como tengo visto dónde he de parar, busco su mano para no caer. Porque él ya me ha dado a ver el aposento que el demonio me apareja según mis culpas.

INQUISIDOR- ¿De qué estáis hablando? ¿Qué diabólico aposento es ése?

Silencio.

TERESA- No sé si sabré dar palabras a lo que vi. Nunca antes intenté hacerlo. Una noche...

Silencio.

Una noche, estando en oración, me hallé sin saber cómo metida en el infierno. No entiendo cómo, con no haber luz, se ve allí tanto y da tanta pena lo que se ve. La entrada es un callejón angosto. El suelo, de lodo sucio y pestilencial olor y con muchas sabandijas. Al final te recibe una concavidad en que la pared te aprieta y te desmenuza. Los daños del cuerpo, con haber

pasado, según médicos, los mayores que se pueden pasar, no son nada frente a los que allí sentí y acrecidos porque allí son sin esperar consuelo, como sin consuelo te miran las otras almas. No hay dolor como el agonizar el alma. Decir que es un arrancarse el alma es poco, porque el alma misma se despedaza.

Silencio.

INQUISIDOR- Muy franca habéis sido dándome a oír ese grave relato. Corresponderé revelándoos algo que a nadie antes me atreví a contar. Desde hace siete años, cada noche después de la oración, oigo que me llaman voces pronunciadas en lenguas que no entiendo. Pese a no comprenderlas, yo las obedezco. Me mandan que las siga por el bosque hasta un claro en que se alza una ermita. Mas cuando entro en esa ermita, no hallo el Sacramento, sino una biblioteca de muchos libros. Al tocarlos descubro que no están ordenados según el alfabeto, sino del Bien al Mal. El primero es la Biblia, el último uno de páginas negras que arde sin consumirse. A él me empujan las voces que me han guiado hasta allí, que ahora dicen como una sola: "Lee y obedece".

Silencio.

Palabras. Cuanto acabáis de escuchar no es sino palabras. He sumado tres sueños y un par de fantasías como se juntan cebollas, lentejas y dos puntas de tocino. Lo haré mejor la vez próxima, preparando más mi cuento. Me ayudaré de libros donde se pintan las penas infernales. También vos conocéis esos libros.

TERESA- Cuanto he leído no es nada con lo que viví, como de dibujo a verdad.

INQUISIDOR- De lo que no se puede hablar, más vale callar. Las palabras ni siquiera son sombra de aquellas cosas. Si la lengua dijera verdad sobre el cielo o el infierno, se rompería en pedazos.

No podemos hablar de lo único que importa. No en esta lengua. Querriamos llegar al borde de esta lengua y saltar y hablar desde el otro lado. Pero al otro lado, para nosotros sólo hay silencio.

Silencio.

Juan Mayorga, *La lengua en pedazos* (2011).

Walt Whitman

Como un Dios que edificase poemas a bofetadas mentales, Walt Whitman está sentado, está sentado sobre la majestad de la vida con el *entendimiento* del corazón en Yanquilandia, la pierna *derecha* en Pekín y la pierna *izquierda* en Berlín, *todo* el cuerpo sobre TODO el mundo, jugando *poker* con los muertos sobre el tapete azul de lo infinito, platicando con las estrellas y oyendo, oyendo, oyendo los ruidos cóncavos y trascendentales de la época, la perpendicular YANQUI, las tonadas tristes, tristes que los pastitos nuevos de Manhattan, tiernos como niñitos, tiernos como pajaritos, tiernos como animalitos, entonan atardeciendo, amaneciendo, atardeciendo entonan y la voz de las granjas rústicas...

Los gestos cósmicos convergen a él como el alma de los sonidos a una estación radiográfica o como los gusanos a las tumbas, lleno de música, todo lleno de música sonrío y la tierra florece, llora, y entra el Invierno, canta, canta y entonces es como si los pájaros, las cosas y los hombres, las montañas, los sepulcros, los campos, las ciudades, las ciudades rojas, los cielos, los océanos, las esposas, las novias y las madres, los niños, las ramerías, los criminales, los estadistas, los mercaderes, el bien y el mal, los hospicios, los manicomios o las casas honestas se pusiesen a cantar la primera canción de los tiempos; canta, canta, canta Walt, el bueno, canta y las gentes oscuras se dicen: EL MUNDO *está cantando*, el mundo; canta y los esqueletos se preguntan: *¿quién?*, y abren la puerta eterna con sus dedos enormes, llenos de lo amarillo de las huesas, llenos de *lo amarillo* de las huesas.

Le dicen las hormigas: *salud Walt Whitman!*..., los honestos elefantes extensos: « *¿cómo estás hermano?* », y las tortugas, los sapos, el Rey de las Españas, los mendigos, los parlamentarios, las vacas, el Presidente, los caballos, los obispos, los cocheros, la luna, los excrementos le dicen, le dicen golpeándole la espalda; « *hermano Walt Whitman, Walt Whitman, Walt Whitman eres NUESTRO hermano, NUESTRO hermano Walt Whitman* ».

No nació nunca, no nació Walt Whitman; cien millones de épocas y épocas suman la edad del orbe gigante e *increado, increado*, denominado por nosotros Walt Whitman de Manhattan, Walt Whitman, Walt Whitman de Manhattan; *y su grande figura* se diluye, se deshace, se pierde en LA FIGURA de la tierra agrandando la tierra de la tierra.

Pablo de Rokha, *Los gemidos*, 1922.